

HERACLES

ARGUMENTO

Heracles, luego de desposar a Mégara, la hija de Creonte, tuvo hijos de ella... Dejólos en Tebas y marchó él mismo a Argos para realizarle los trabajos a Eunsto. Como sobreviviera a todos, bajó a Hades, para terminar, y como pasara allí mucho tiempo, dejó entre los vivos la creencia de que había muerto. Es-tando los tebanos en discordia con el rey Creonte, trajeron de Eubea a Lico...

L

ANFITRIÓN.

MEGARA.

LICO.

HERACLES.

IRIS.

LISA.

MENSAJERO.

TESEO.

CoRo de ancianos.

Escena: En Tebas.

PERSONAJES

ANFITRIÓN. — ¿Quién de los hombres no conoce al que compartió el lecho con Zeus, al argivo Anfitrion, al que engendró Alceo, hijo de Perseo, al padre de Heracles? Soy yo, que poseí esta ciudad de Tebas donde floreció la espiga terrena de los <Hombres Sem- 5 brados. 1 Ares salvó un pequeño número de su estirpe y éstos llenaron la ciudad de Tebas con los hijos de sus hijos. De ellos nació Creonte, el hijo de Meneceo, soberano de esta tierra. Y Creonte fue el padre de Mégara, aquí presente, a la que un día todos los so Cadneios celebraron con cantos de esponsales, al son de la flauta, cuando el ilustre Heracles la trajo a mi casa como esposa.

Abandonando Tebas, donde yo habito, y dejando aquí a Mégara y a sus suegros, mi hijo se ha dirigido is a la ciudad amurallada de Argos, a la ciudad ciclópea2 de donde yo estoy exiliado por haber matado a Elec-trión. Por aligerar mi infortunio y querer que yo vuelva

a habitar en mi patria, está pagando a Euristeo un gran precio por mi retorno, librar de monstruos a la 20 tierra, sometido por los aguijones de Hera o impelido por el destino.

Ya ha llevado a cabo los demás trabajos y ahora. para terminar, ha bajado al Hades, a través de la

Según el mito, los tebanos habrían nacido de los dientes del dragón de Ares que Cadmo sembró al fundar la ciudad.

Ciclópeo: aplicable sólo a Micenas y Tirinto, cuyos muros fueron edificadas por los Cíclopes (PíNDARO, Er. 169, BERGK). Pero Eurípides identifica (Suplicantes, y. 1130) Micenas y Argos.

25 abertura del Ténaro, para traerse a la luz al Can de tres cuerpos y no ha regresado de allí.

Pues bien, según una antigua tradición tebana, existió un tal Lico, esposo de Dirce, que tenía tiranizada a esta ciudad de siete puertas antes de que la rigieran
30 los blancos potros gemelos Anfión y Zeto ~, hijos de Zeus.

Un hijo de Lico, del mismo nombre que su padre, que no es Cadmeo, sino procedente de Eubea, ha matado a Creonte y, tras el crimen, domina esta tierra. Ha caído sobre esta ciudad enferma y dividida en
35 facciones. Así que el parentesco que nos une a Creonte se nos ha tornado en terrible mal, como es obvio.

Como mi hijo está en las entrañas de la tierra, este Lico, nuevo señor del país, quiere acabar con los hijos
40 de Heracles, matar a su esposa —por apagar un crimen con otro- y a mí, si es que hay que contar entre los vivos a un viejo inútil como yo. Teme que algún día, cuando estos niños sean hombres, venguen a la familia de su madre demandando satisfacción por el crimen. ~s Yo por mi parte (pues mi hijo me dejó como tutor de sus niños cuando descendió a la negra oscuridad de la tierra) me he sentado con su madre junto a este altar de Zeus Salvador para que no mueran los hijos
50 de Heracles. Este altar lo erigió mi noble hijo como monumento a su lanza victoriosa cuando venció a los Minias ~. Así es que permanecemos alerta en este lugar

3 En muchas localidades griegas existían —con nombre diferente (cf. Tindáridas, Antrópidas, Moliónidas, Afarétidas), aunque a veces conservaban el nombre genérico ánares— dos gemelos divinos, patronos de causas difíciles (theoí s5t~res>, protectores de la navegación, etc. La denominación «blancos potros» puede deberse a su concepción primitiva como tales, aunque luego se los hiciera simplemente protectores de los caballos o hábiles jinetes, especialmente en zonas de cría caballar.

~ Esta victoria —la hazaña (práxis) más importante de Heracles— es subrayada varias veces (cf. también vv. 220-260), ya

faltos de todo, de comida, bebida y vestido, poniendo nuestras espaldas sobre el suelo por carecer de camas. Nuestra casa tiene las puertas ~ y nos hallamos sin posibilidad de salvación. Pues entre nuestros amigos, a unos no los veo claramente como tales, y los que lo son de verdad no pueden ayudarnos. Tales son los efectos de la adversidad entre los hombres.

Que ninguno de cuantos me son amigos —aún a medias— se tropiece con ella. Es la prueba más inequívoca de la amistad.

MÉGARA. — Anciano, tú que un día arrasaste la ciudad de los tallos⁶ como conductor ilustre del ejército cadmeo, ¡qué poco claras son para los hombres las decisiones divinas!

Tampoco yo estuve lejos de la fortuna junto a mi padre que, por su poderío, tuvo un día gran renombre: detentaba una tiranía por la que las largas lanzas y el lan contra los hombres afortunados por culpa de la ambición.

Y tenía hijos: a mí me entregó a tu hijo fundando con Heracles una ilustre unión. Pues bien, toda aquella felicidad se ha desvanecido y tú y yo vamos a morir, ⁷⁰ anciano. También van a morir los hijos de Heracles, a quien cobijo bajo mis alas, como una ave clueca a

que significó la supremacía de Tebas sobre el estado “micénico” más importante de Beocia, Orcómeno de los Minias. Sin embargo, debe pertenecer a una leyenda local, pues Heracles recibió incluso el título de polemenco (cf. AroLoDORO, II 69). generalísimo en Beocia.

⁵ Lit. <arrojados de nuestro palacio que ha sido sellado> o confiscado (~ksphragisménoi). Es un anacronismo que responde a una costumbre ática contemporánea de Eurípides.

⁶ Cf. también y. 1080. Según una antigua tradición tebana (cf. PAUSANIAS, IX 17, 3; XIX 3), Anfitrón había ganado una célebre victoria precisamente sobre la Eubea de Lico, a cuyo rey Calcodonte mató. Pero esta victoria era menos conocida del Público ateniese que la de los Tafios.

sus crías. Ellos me hacen preguntas de uno y otro lado: «Madre, dime, ¿adónde ha marchado padre?,

75 ¿qué hace?, ¿cuándo volverá?» Engañados por su corta
edad buscan a su padre. Y yo los entretengo con mis
palabras y les cuento historias. Se sorprenden cuando
crujen las puertas y todos se ponen en pie como si fue-
80 ran a abrazar las rodillas de su padre. Pero ¿qué es-
peranza o qué lugar de salvación puedes buscar, anciano?
En ti pongo mis ojos.

No podríamos cruzar ocultos las fronteras del país
porque en las salidas hay vigilantes más fuertes que
85 nosotros. Tampoco en los amigos tenemos ya esperanza
de salvación. Conque si tienes algún plan, exponlo
aquí abiertamente, no te resuelvas a morir. Demos
tiempo al tiempo, ya que somos débiles.

ANFITRIÓN. — Hija, no es tan fácil aconsejar a la
ligera en una situación como ésta, corriendo y sin
esforzarse.

90 M~GARA. — ¿Es que te falta algo por sufrir o es que
amas tanto la vida?

ANFITRIÓN. — Me place vivir y todavía acaricio cierta
esperanza.

M~GARA. — También a mí me agrada, anciano, pero
no hay que esperar lo inesperado.

ANFITRIÓN. — En el aplazamiento de los males está
su curación.

M~GARA. — Pero a mí me lacera, pues es doloroso, el
tiempo que transcurre entre medias.

95 ANFITRIÓN. — Hija, todavía podríamos, con curso
favorable, salir de estos males que nos cercan. Todavía
podría venir mi hijo y esposo tuyo. Vamos, ten paciencia,
y ciega la fuente de lágrimas de tus hijos.

100 Cálmalos con tus palabras y engaña los con historias
aunque sea un pobre engaño.

También la aflicción de los mortales tiene un término
y el soplo del viento no siempre es violento. Los

J

1

HERACLES

27

que son felices no lo son hasta el final, pues todas las
cosas se ceden el sitio mutuamente. El hombre más
noble es el que se abandona siempre a la esperanza.
La desesperación es de hombres cobardes. (Entra el
Coro compuesto por viejos compañeros de Anfitrión.)

CORO.

Estrofa.

¡Oh palacio de techo elevado y envejecido lecho
nupcial! En el bastón tengo puesto mi apoyo y vengo,
como pájaro encanecido ~, a cantar tristes lamentos 110
—palabras sólo y esperanzas oscuras de nocturnos
sueños, temblorosas, sí, mas, con todo, animosas.

¡Oh niños, niños, privados de padre! ¡Oh tú, anciano, tís
y tú, desgraciada madre que lamentas al esposo que
está en la mansión de Hades!

Antistrofa.

No dejes que se canse tu pie ni tu pesada pierna, 120
como un potrillo portador de yugo se cansa de llevar
el peso del carro cuesta arriba, en pedregosa pen-
diente ~. Toma la mano, aférrate al manto de aquél que
deje retrasada la huella débil de su pie. Eres viejo, 125
acompaña a otro viejo que en otro tiempo, cuando
joven, convivía con su armadura nueva en los traba-
los propios de los mozos y no era la vergUenza de su
ilustre patria. Mirad, cuán parecidos a los de su padre 130
son estos rayos que salen de sus ojos fulgurantes.

7 Probablemente se refiere (cf. Vv. 692 y sigs.) al cisne tra-
dicionalmente descrito como grisáceo (cf. EsoullO, Prometeo,
795; ARISTÓFANES, Avispas 1064; Eualpíixts, Bacantes 1365) y de
bello canto al morir (cf. Esouno, Agamenón 1444; EunlPmEs,
Electra 151).

¡ Pasaje corrupto. Seguimos la corrección de WILAMoWn7,
que cita a Pm'aonso, Satiricón 134, lassus tamquam caballus
Uf divo. POlos es a menudo sencillamente sinónimo de hlppos.

28

TRAGEDIAS

Mala suerte no les falta desde niños, mas su gracia
135 no se ha perdido. ¡Oh Hélade, qué grandes aliados,
qué grandes, vas a perder para tu ruina! (Entra por la
derecha el tirano Lico con su guardia.) Mas he aquí
que veo a Lico, caudillo de esta tierra, saliendo del
palacio.

140 Lico. — Al padre de Heracles y a su esposa pre-
gunto si es que lo preciso. (Y desde que me he cons-
tituido en tirano vuestro, necesito investiIgar lo que
quiero): ¿Hasta cuándo pretendéis alargar vuestra
vida? ¿Qué esperanza veis o qué ayuda para no morir?

145 ¿O es que confiáis en que volverá el padre de éstos,
que ya está en el Hades? Porque estáis exagerando
vuestor dolor más de lo debido, ya que tenéis que
morir. Tú te andas vanagloriando por la Grecia de que
Zeus fue condueño de tu matrimonio y común engen-
150 drador de tu hijo. Y tú, de que te llaman la esposa del
hombre más excelente. ¿ Qué ha conseguido de impor-
tancia tu esposo por más que haya acabado con la
Hidra de los pantanos o con la fiera de Nemea? Dice
que la cazó a lazo y la mató con la traba de sus brazos.

iss ¿Son éstas las hazañas en las que sustentáis vuestra
causa? ¿Acaso por ellas habían de librarse de morir
los hijos de Heracles? Cobró éste fama de valiente —no
siendo nadie— en lucha con animales, pero en lo de-
más no fue guerrero insigne: jamás abrazó escudo

160 con su mano izquierda ni se arrimó a las lanzas; sos-
teniendo su arco —el arma de los cobardes— siempre
estuvo presto a huir. La prueba del valor de un hombre
no es el arco, sino el mantenerse a pie firme y sos-
tener la mirada frente a una puntiaguda mies de lan-
zas, firme en su puesto.

165 Mi actitud no es de desvergüenza, anciano, sino de
preocupación. Soy consciente de que he matado a
Creonte, padre de ésta, y que ocupó su trono. Con que
no quiero dejar detrás de mí a éstos para que, una
HERACLES

29

vez crecidos, se venguen de mí y me hagan pagar por
mis actos.

ANFITRIÓN. — ¡Que Zeus defienda al hijo de Zeus 170
en lo que le corresponde como padre! A mí toca de-
mostrar con mis palabras el error de éste sobre tu per-
sona, Heracles. Pues no permitiré que te insulten.

Primero tengo que apartar de ti el sacrilegio con
el testimonio de los dioses —pues sacrilegio considero 175
el llamarte cobarde, Heracles. Yo apelo al rayo de
Zeus y a la cuadriga en la que subido clavó sus alados
dardos en los costados de los Gigantes y celebró un 180
hermoso himno de victoria en compañía de los dioses ~.
Vete al monte Fóloe tú, el más cobarde de los
reyes, y pregunta a los Centauros, insolentes cuadrúpe-
dos, a qué hombre considerarían el más excelente si
no es a mi hijo, de quien tú afirmas que sólo tiene la
apariencia IO• Pregunta a Dirfis ~ de los Abantes que íss
te crió y no podría elogiarte. No es posible que en-
cuentres ningún país como testigo de que has reali-
zado hazaña alguna valerosa. ¡Y tú reprochas ese in-
vento tan sabio, la armadura del arco! Escucha mis
palabras y podrás instruirte.

El hoplita es hombre esclavo de sus armas. Si sus 190
compañeros de fila no son valientes, muere con ellos
por la cobardía ajena; si rompe su lanza, no puede
apartar de sí la muerte, pues sólo tiene este medio de
defensa. En cambio, cuantos abrazan el arco con mano 195

9 La imagen de Zeus lanzando rayos y Heracles con el arco
era central en las representaciones de la Gigantomaquia en los
Vasos de figuras negras (cf. WILAMowitz, III, 48). Sobre el kómos
de la victoria cf. ATENEOS, I, 22, aunque la confunde —como ya
era normal en la poesía antigua— con la Titanomaquia.

‘~ Sc. «del hombre más excelente», no “de hijo mío», como
a veces se ha entendido incorrectamente.

1 Dirfis es la cordillera que atraviesa Eubea como su es-
pina dorsal.

TRAGEDIAS

certera tienen una ventaja: lanzan miles de flechas y protegen de morir el cuerpo de otros; y al estar apostados lejos, se defienden de los enemigos hiriendo con
 200 flechas ciegas a quienes pueden verlas. No ofrece su cuerpo a los enemigos, sino que se mantiene bien guardado. Y lo más astuto en la batalla es hacer daño al enemigo y proteger el propio cuerpo sin depender del azar.

205 Estas razones opongo a las tuyas sobre este asunto.
 En cuanto a los niños, ¿por qué quieres matarlos?

¿Qué te han hecho ellos? En una cosa sí te considero acertado, en temer a los hijos de los héroes siendo tú un cobarde. Pero con todo, sería terrible para nosotros el morir por tu cobardía, cuando eras tú quien debías sufrir esto a nuestras manos —pues somos superiores a ti— si el pensamiento de Zeus fuera justo con nosotros.

Así que si quieres quedarte con el cetro de esta
 215 tierra, déjanos salir del país como exiliados; no emplees violencia con nosotros no vaya a ser que la sufras cuando el soplo de dios cambie contra ti.

¡Ay tierra de Cadmo! —pues también a ti he llegado en mi reparto de reproches. ¿Es así como defiendes a
 220 Heracles y sus hijos cuando fue aquél el único que se enfrentó a los Minias e hizo que Tebas mirara con ojos libres? No puedo alabar a Grecia —ni podré soportar estar callado— cuando la encuentro tan ingrata con mi hijo.

225 Debía venir presta en defensa de estas criaturas portando fuego, lanzas y escudos, como recompensa por haber tú librado de fieras tanto la tierra como el mar, en agradecimiento por lo que te has esforzado por ella.

Pero en esta situación, hijos, ni Tebas ni la Hélade vienen en vuestra ayuda y ponéis los ojos en mí, nuestro débil amigo, que no vale más que un zumbido de
 HERACLES

la lengua. Me ha abandonado el vigor que antes tuviera, 230 de viejos me tiemblan los miembros y mi fuerza es una sombra. Si aún fuera joven y pudiera dominar mi cuerpo, tomaría la lanza y teñiría de sangre los rubios bucles de éste. Tendría que huir más allá de las fron- 235

teras atlánticas por temor a mi lanza.

CORIFEO. — ¿No ves cómo los hombres nobles tienen buenos temas para sus discursos, aunque sean lentos en hablar?

Lico.— Sí, tú dirígete a mi con palabras como torres, que yo a cambio de ellas actuaré en tu perjuicio.

Vamos, marchad unos al Helicón y otros a las quebradas del Parnaso y ordenad a los leñadores que corten troncos de encina. Una vez que los hayan traído a la ciudad, apilad los maderos alrededor del altar y prended fuego y abrasad los cuerpos de todos ellos, para que sepan que no es el muerto quien domina esta tierra por el momento, sino yo.

En cuanto a vosotros, ancianos que os oponéis a mis planes, vais a plañir no sólo por los hijos de Heracles, sino también por el infortunio de vuestra propia gente cuando algo malo les suceda. Tendréis bien presente que sois esclavos de mi tiranía.

CoRIFEO. — (En actitud amenazante.) Vosotros, fruto de la tierra a quienes un día sembró Ares vaciando la viciosa boca del dragón, ¿no levantaréis los bastones, apoyo de vuestra diestra, y teñiréis en sangre la mal-dita cabeza de este hombre que, sin ser Cadmeo y siendo advenedizo, es el peor gobernante de nuestros jóvenes?

Pero no, no serás mi dueño para tu alegría ni te quedarás con lo que yo he trabajado con el esfuerzo de mis manos. Lárgate allí de donde viniste y ejerce allí tu insolencia, que mientras yo viva no matarás a los hijos de Heracles. No está tan oculto bajo tierra aquél después que dejó a sus hijos, puesto que tú

32

TRAGEDIAS

265 gobiernas esta tierra luego de arruinarla y en cambio él, que la favoreció, no obtiene lo que merece. ¿Entonces, será actuar en exceso el hacer bien a mis amigos muertos cuando más necesitan amigos?

¡Ah, brazo mío derecho, cómo ansías empuñar la 270 lanza! Pero en la debilidad se diluye tu ansia, pues ya te habría yo impedido que me llamaras esclavo y habríamos habitado con horror esta Tebas en la que tú te complaces.

No está en sus cabales un pueblo corrompido por la disensión y por los malos consejos. En otro caso, jamás te habrían tomado por su dueño.

275 MÉGARA. — Ancianos, os elogio, pues por los amigos
es fuerza que el amigo sienta justa ira. Pero ¡cuidado!,
no vayáis a sufrir por irritaros con el tirano por
nuestra causa.

Y ahora, Anfitríón, escucha mi opinión por si te
280 parece que digo algo de valor. Yo amo a mis hijos
—pues ¿cómo no voy a amar a quienes pan entre
dolores?— y también considero terrible la muerte.
Pero tengo por necio al mortal que se enfrenta a la
285 necesidad. Si hemos de morir, moriremos; mas no
abrasados por el fuego ni para escarnio de nuestros
enemigos, lo que considero peor que la muerte. De-
bemos dignidad a nuestra familia: tú tienes brillante
nombradía por tu lanza, de forma que es inaceptable
290 mueras por cobarde; mi ilustre esposo no precisa tes-
tigos de que no querría salvar a estos niños si fueran
a caer en deshonor. Los nobles sufren por el deshonor
de sus hijos y yo he de seguir el ejemplo de mi ma-
rido.

295 Ahora, escucha lo que pienso sobre tus esperanzas:
¿Crees que tu hijo volverá de debajo de la tierra? ¿Y
quién de los muertos ha regresado del Hades? ¿O crees
que podríamos ablandar a éste con nuestras palabras?
De ninguna manera. Hay que huir del enemigo cuando
HERACLES

33
es necio y ceder ante los hombres sensatos y bien 300
formados, pues en tocando al honor podrías concluir
fácilmente un pacto de amistad con éstos. Ya se me
ha ocurrido que podríamos pedir el exilio para estos
niños, pero también es triste ponerlos a salvo en medio
de una pobreza lamentable. Pues se dice que el rostro 305
de los que hospedan tiene sólo un día la mirada agra-
dable para sus amigos exiliados.

Afronta la muerte con nosotros, ya que te espera
de todas formas. Apelamos a tu nobleza, anciano; que
quien trata de combatir el destino de los dioses es 310
valiente, pero su valentía es insensata. Lo que tiene
que ser, nadie puede hacer que no sea.

CORIFEO. — Si alguien te hubiera injuriado cuando
mis brazos eran robustos, fácilmente le habría yo
puesto coto. Pero ahora no somos nadie. Por tanto a 315
ti te toca, Anfitríón, procurar de rechazar vuestra
muerte.

ANFITRIÓN. — No es cobardía ni deseo de vivir lo
que me hace rechazar la muerte, sino el deseo de
salvar a los hijos de mi hijo. Pero parece que persigo
en vano lo imposible.

Mira, aquí está mi cuello para que lo atraveses
con tu espada, para que me mates, para que me arro 320
jes desde una roca. Señor, concédenos un solo favor,
te suplicamos: mátanos a mí y a esta desgraciada antes
que a los niños. Que no los veamos ~¡visión impía!—
agonizando y llamando a su madre y ~ su abuelo. Por 325
lo demás, si tienes arrestos, obra a tu gusto, pues no
tenemos defensa contra la muerte.

M~GARA. — También yo te pido que añadas un favor a éste, de forma que nos concedas doble gracia, pues Somos dos: abre la casa —pues ahora estamos en- 330 rrados —y concédeme poner a mis hijos el atavío de los muertos, para que al menos en esto les sirva de Provecho la casa de su padre.

34

TRAGEDIAS

Lico. — Sea, ordeno a los esclavos abrir los cerrojos. Entrad y amortajaos. No envidio las mortajas.

335 Cuando hayáis ataviado vuestro cuerpo, vendré para entregaros a lo más hondo de la tierra. (Sale por la derecha.)

M~cARA. — Hijos, acompañad el desdichado pie de vuestra madre hacia el palacio paterno, sobre cuyos bienes mandan otros, aunque de nombre sean todavía vuestros. (Entra Mégara con los niños en el palacio.)

ANFITRIÓN. — Zeus, en vano te tuve compartiendo 340 mi lecho nupcial y en vano te llamamos compadre de mi hijo. Resulta que eres peor amigo de lo que parecías.

Yo, un mortal, te supero en valor a ti, un gran dios; pues yo no he abandonado a los hijos de Heracles. En cambio, tú supiste encamarte a escondidas 345 apropiándote, sin que nadie te lo diera, de un lecho ajeno, y no sabes salvar a tus amigos. O eres un dios estúpido o eres injusto por naturaleza. (Entra en el palacio.)

Estrofa 1.a

CoRo. — «¡Ay Lino!» 12 —tras feliz tonada—, Febo 350 canta conduciendo su cítara de sonido hermoso con pulsador de oro, Y yo, al que de lo profundo de la tierra sube a la luz, al hijo no sé si llamarlo de Zeus 355 O retoño de Anfitrión, cantar como corona de sus trabajos quiero con buen lenguaje. Que virtudes de nobles esfuerzos para los muertos son gloria.

12 Originariamente es un grito —allino (como peán, jeleno, himeneo, Jacco, probablemente baco, etc.)— que luego dio origen, mediante una historia etiológica, al nombre propio de Lino (héroe inventor en el terreno musical, relacionado con Apolo) y todavía antes un canto (cf. HOMBRO, ' XVIII 570) de viñadores. Segun ATENEO (XIV 619 c). Aristófanes de Bizancio ya lo consideraba —con razón— indistintamente como himno o como

treno. De hecho este estásimo es un himno de alabanza a un héroe a quien se cree muerto celebrando los doce trabajos.

HERACLES

35

Primero al bosque de Zeus libró del león 13 y echón- 360
dose a la espalda la parda pelliza, cubrió su rubia cabeza con las terribles fauces de la fiera.

Antistrofa ~ a

Luego la raza de los montaraces y salvajes Cen- 365
jauros derribó con mortíferas flechas atravesándolos
con alados dardos.

Fue testigo el Peneo de hermosas aguas y las infi-

nitias tierras de la estéril llanura y los paisajes del 370
Pelión y los lugares vecinos del Hómola 14 donde —sus
manos llenas de antorchas— asolaban con sus cabalgadas la tierra de los Tesalios.

Y cuando mató a la cierva de cuernos de oro, de 375
moteado lomo, destructora y salvaje, honró con sus
despojos de la diosa ‘~ de Énoe, cazadora de fieras.

Estrofa 2.a

Y montó las cuadrigas y domó con el freno las 380
potras de Diomedes 16, las cuales en sangrientos pesbres, sin freno devoraban con sus mandíbulas alimentos sangrientos banqueteándose —¡maldito fes- 385
tin!— con el placer de bocados humanos.

Atravesó las orillas del Hebro de corriente de plata
sufriendo por causa del rey de Micenas 17

Y en la ribera del Pelión junto a las fuentes de 390
Anauro a Cicno, matador de viajeros, con sus dardos
nzató, al insociable habitante de Anfaneas.

13 En Nemea.

14 En Tesalia. Eurípides confunde la Centauromaquia de
Heracles en Arcadia (cf. y. 182) con la de Teseo y Pinteos en
Tesalia.

15 Artemis en la Argólida, cuya llanura devastaba la cierva.

16 Hijo de Ares, tracio. Nada tiene que ver con el hijo de
Tideo, héroe de la guerra troyana.

17 Euristeo, rey de Micenas. Se ha sugerido que Heracles
Podría reflejar a un personaje real, barón de Tirinto, que
tstania con respecto a Euristeo en relación de vasallaje.

TRAGEDIAS

Antistrofa 2.«

395 Y se llegó a las doncellas cantoras ‘~, hasta su mo-
rada del Poniente para arrancar con su brazo de las
ramas de oro el fruto de la manzana y mató a la ser-
piente de rojizo lomo que las vigilaba inaccesibles
400 enroscando su espiral. Entró en lo más hondo del
piélago marino haciéndolo tranquilo para los mortales
con el remo.

Y puso sus manos en el punto medio de apoyo del
405 cielo, cuando marchó a casa de Atlas y sostuvo la es-
trellada morada de los dioses con su hombria.

Estrofa 3a

Y marchó en busca del escuadrón montado de las
Amazonas en Meótide, de abundantes ríos, atravesando
410 el camino del mar Hospitalario.

¿Qué tropa de amigos de toda Grecia no escogió
para cobrar el dorado ceñidor del peplo de la hija de
Ares —la caza mortífera del cingulo—? La Hélade tomó
este brillante despojo de la moza extranjera y ahora
se conserva en Micenas.

420 Y abrasó a la perra de mil cabezas, a la Hidra ase-
sina de Lerna y untó de veneno sus flechas con las
que dio muerte al pastor de triple cuerpo de Eritea ~

Antistrofa 3.>

425 Otras expediciones ha terminado con éxito y traído
los trofeos. Y ahora —último de sus trabajos— ha

18 Las Hesperídes. Este trabajo, así como la victoria sobre
Gerión y la captura de Cerbero, son variantes de un único
trabajo: la victoria del héroe sobre la muerte. Esto demuestra
que del cúmulo de aventuras de Heracles se extrajo artificial-
mente un canon (quizá varios) de doce, número familiar en una
cultura que empleaba el sistema sexagesimal.

19 Gerión, pastor de Eritea (quizá Cádiz), dotado de tres
cuerpos, a quien mata Heracles para robar el ganado. Trabajo
cantado ya por Estesícoro en su Gerioneida (cf. J. L. CAI.vo,
>Estesícoro de Hímera<~, Durius, II, 2, 1974).

HERAcLES

37

navegado hasta el Hades de mil lágrimas donde está
llegando desdichado al término de su vida. Y no ha

vuelto.

Esta su mansión está huera de amigos y la barca 430
de Caronte aguarda el camino sin retorno de sus hijos
—camino sin dioses ni justicia—.

Tu casa pone los ojos en tus manos aunque no estés 435
presente.

Si yo tuviera el vigor de un mozo y blandiera mi
lanza en la batalla —y lo mismo los tebanos de mi
edad—, me pondría delante de los niños para deJen- 440
derlos. Mas ahora estoy lejos de mi feliz juventud.
(Sale del palacio Mégara con los niños amortajados.)

CoRiFEo. — Pero estoy viendo con el atavío de los

muertos a éstos que fueron un día los hijos del gran 445
Heracles, a su esposa que arrastra a los niños como
atados a sus pies y al anciano padre de Heracles.
¡Desgraciado de mí, que no puedo contener ya mis
ojos, viejas fuentes de lágrimas! 450

M~GARA. — Vamos, ¿quién es el sacerdote, quién el
ejecutor de estos malhadados y el asesino de esta mi
doliente vida? ~. Estoy presta para conducir al Hades
estas víctimas.

Hijos, formamos una yunta nada hermosa de cadá-
veres, viejos igual que jóvenes y madres. 455
¡Oh desdichada suerte mía y de éstos mis hijos a
quienes veo por última vez! Os pan y crié para que
¡ 05 humillaran mis enemigos, para escarnio y ma-
tanza. ¡Ay!

Mucho me han engañado las esperanzas que con- 460
cebí por las palabras de vuestro padre. A ti te asignó
Argos tu difunto padre y eras el futuro dominador de

Verso condenado por PAIEY como interpolado. GRÉGOXas
lo mantiene comparando con Andrómaca 418: «nuestros hijos
Son nuestra vida».

38

TRAGEDIAS

la casa de Euristeo, detentando el poder sobre la
465 tierra Pelasga, de abundante fruto. Iba a cubrir tu ca-
beza con el despojo del león con que él mismo se
vestía.

Tú eras el soberano de Tebas, que ama los carros,
el heredero de los campos de mi patria, porque sabías
470 ganarte a tu padre. En tu diestra iba a poner la cin-
celada maza protectora 21 —¡entrega que no va a ser
cierta!—.

A ti prometió donarte Ecalia ~, la tierra que él con-
quistó un día con certeros dardos.

Como érais tres, vuestro padre os estableció en
tres reinos, porque tenía orgullo de su hombría.

475 Y yo..., yo os escogía novias —para trabar relacio-
nes— entre lo más selecto de Atenas, Esparta y Tebas;
para que, amarrados por cables de proa, llevárais una
vida feliz.

480 Todo se ha esfumado. Este revés de la fortuna os

ha dado a cambio las Keres ~ por novias y a mí, desdichada, un baño nupcial de lágrimas para entregaros.

Aquí el padre de vuestro padre prepara el banquete de bodas, ya que tiene por suegro vuestro a Hades

—¡amargo parentesco! 24.....•

485 ¡Ay de mí! ¿A quién de vosotros abrazaré primero y a quién en último lugar?, ¿a quién besaré?, ¿a quién voy a tomar entre mis brazos? ¿Por qué no podré

—como la abeja de rubias alas— reunir los lamentos

21 En gr. alex~t~rion. A Heracles, en sus cultos, se le daba el nombre de alexlkakos.

22 Situada en Tesalia, Mesenia o Eubea según las ocasiones. Allí venció Heracles con su arco al afamado guerrero Eurito. De esta hazaña quedan huellas en Odisea VIII 224.

23 Las Keres, diosas de la muerte (a veces kér es sinónimo de muerte), son hijas de Hades.

24 La madre preparaba el bailo nupcial de sus hijas antes del matrimonio. El padre de la novia ofrecía el banquete, de aquí que en este caso tenga que ser el sustituto de Hades.

HERACLES

39

de todos en uno solo y producir un llanto torrencial?

Amado nilo, si en Hades se puede oír la voz de los 490 mortales, esto es lo que a ti digo, Heracles: van a morir tu padre y tus hijos, voy a perecer yo, a quien los hombres llamaban feliz por tu causa.

Ven en nuestra ayuda, aparécete a mí aunque sólo sea como una sombra. Pues Si vienes —incluso cornO 495 un sueño- serás suficiente ayuda. Que son villanos comparados contigo los que quieren matar a tus hijos. ANFITRIÓN. — Aplaca tú a los poderes infernales, mujer, que yo voy a levantar mis brazos al cielo para suplicarte a ti, Zeus, que si estás dispuesto a ayudar a estos hijos, los defiendas, porque pronto de nada soos servirá tu auxilio. Muchas veces te he invocado; esfuerzo vano, pues según parece es fuerza morir.

Ancianos, pequeñeces son las cosas de la vida. La recorreréis hasta el final con el mayor placer, si pasáis 505 sin daño del día a la noche. Que el tiempo no sabe conservar las esperanzas; realiza de prisa su trabajo y se echa a volar. Ya me veis a mí que fui señalado entre los mortales por mis celebradas hazañas; la fortuna me ha arrebatado en un solo día, como a un ~o pájaro, hasta el éter.

En cuanto a la riqueza y el honor de verdad, no conozco a nadie que los tenga seguros. ¡Adiós, compañeros, estáis viendo por última vez a un amigo! (Heracles aparece por la derecha.)

MÉGARA. — ¡ Eh, anciano!, ¿es mi bienamado a quien Veo?, ¿o qué debo decir que veo?

ANFITRIÓN. — No sé, hija; también yo estoy sin 515 habla.

MÉGARA. — Éste es el que hemos oído que está bajo tierra, a menos que estemos viendo un sueño en pleno día. Mas ¿qué digo?, ¿qué sueños estoy viendo en mi

congoja? Éste no es otro que tu hijo, anciano. Vamos,
hijos, aslos del vestido de vuestro padre, marchad de- 520

40

TRAGEDIAS

prisa, no os soltéis, pues para vosotros en nada le va
en zaga a Zeus salvador.

HERACLES. — Yo os saludo, oh palacio y pórticos de
mi hogar. ¡ Con que agrado os contemplo ahora que
525 he vuelto a la luz! ¡Vaya! ¿Qué es esto? Estoy viendo
delante del palacio a mis hijos con cabezas coronadas
de ornamentos funerarios y a mi esposa entre un tropel
de hombres y a mi padre llorando no sé qué infortu-
tunios. Veamos, me enteraré llegándome hasta ellos.
530 Mujer, ¿qué nueva fatalidad se cierne sobre nuestra
casa?

ANFITRIÓN ~. — ¡Oh, el más amado de los hombres!
¡Oh tú, que has venido a tu padre como un rayo de
luz! Has llegado a salvo en el momento más oportuno
para los tuyos.

HERACLES. — ¿Qué dices? ¿Qué catástrofe es ésta a
la que llego, padre?

MÉGARA. — Estamos perdidos. Anciano, perdona que
535 te haya arrebatado las palabras que tú debías dirigirle,
pues la mujer produce sin duda más lástima que el
hombre. Mis hijos iban a morir y yo estaba a punto
de perecer.

HERACLES. — ¡ Por Apolo, con qué proemio das co-
mienzo a tus palabras!

MÉGARA. — Han muerto mis hermanos y mi anciano
padre.

540 HERACLES. — ¿Qué dices? ¿En qué ataque o alcan-
zado por la lanza de quién? ~.

M~GARA. — Los mató Lico, el nuevo soberano del
país.

25 Atribuimos ambos versos a Anfitrión, como sugiere la
pregunta de Heracles en el y. 533, apartándonos de la edición
de MinulAr.

26 Realmente dice: <agrediendo a alguien o agredido por
alguien>3 (opone drásas: activo, a dorós tychoN: pasivo).

HERACLES

41

HERACLES. — ¿ Haciéndoles frente con las armas, o

porque el país estaba dividido?

MÉGARA. — Por enfrentamientos internos. Y ahora tiene el poder de siete puertas de Cadmo.

HmucLES. — ¿Entonces, por qué os habéis amedrentado tú y el anciano?

MÉGARA. — Iba a matarnos a tu padre, a mí y a los 545
n~os.

HERAcLES. — ¿Qué dices? ¿Qué temía de la orfandad de mis hijos?

MEGARA. — Que vengaran algún día la muerte de Creonte.

HERACLES. — ¿Y qué ornamentos son éstos que los asemejan a cadáveres?

M~aAxu. — Éstas son las bandas de la muerte que ya les había atado.

H~cLES. — ¿Así que iban a morir a la fuerza? sso
¡Mísero de mí!

MÉGAj~. — No teníamos amigos y oímos que tú habías muerto.

HERACLES. — Y ¿cómo os ha entrado esta desesperación?

MEGARA. — Los heraldos de Euristeo nos dieron la noticia.

HERACLES. — ¿Por qué habéis abandonado mi casa y mi hogar?

MÉGARA. — Por la fuerza; tu padre sacado del lecho... sss

Hm~cLES. — ¿Y no tuvo respeto como para deshonor a un anciano?

MÉGARA. — El Respeto habita lejos de la diosa ~ que aquí domina.

HERACLES. — ¿Tan faltos estábamos de amigos una vez que nos ausentamos?

~ 1. e. la Violencia. Cualquier abstracto puede ser divinizado; aquí aparecen divinizados la Violencia y el Respeto (cf. 3Obre este último también Esouiw, Siete 469).

MÉGARA. — Pues ¿qué amigos tiene un hombre desafortunado?

560 HERACLES. — ¿Y despreciaron la lucha que tuve que sostener contra los Minias?

MÉGARA. — Quien carece de fortuna, carece de amigos, te digo por segunda vez.

HERACLES. — ¿Es que no vais a arrojar las bandas

de Hades de vuestro pelo y a levantar la vista hacia la luz, cambiando vuestra mirada desde la infernal oscuridad?

565 Yo, por mi parte —pues esto es obra de mis brazos—, marcharé primero a destruir de arriba abajo la casa de los nuevos tiranos. Cortaré su sacrílega cabeza y la arrojaré a los perros para que la arrastren. A cuantos cadmeos he sorprendido como traidores, aun-
570 que recibieron buen trato por mi parte, los someteré con esta mi arma victoriosa; a otros los dispararé en todas direcciones con mis alados dardos y llenaré de sangre de cadáveres todo el Ismeno. Las blancas aguas de Dirce ~ se tornarán rojas de sangre. Pues ¿a quién
575 tengo que defender si no es a mi esposa, hijos y anciano padre? ¡Adiós a los trabajos! Más en vano fueron aquellos trabajos que éstos. Tengo que morir en defensa suya, como ellos iban a hacerlo por su padre. ¿Podremos decir que es hermoso dar batalla a la hidra
580 y al león por orden de Euristeo y ‘en cambio no voy a esforzarme por alejar de mis hijos la muerte? No, entonces ya no recibiré, como antes, el nombre de Heracles el Invicto ~.

CoRo. — Es de justicia que los padres ayuden a sus hijos, a su anciano padre y a su compañera de matrimonio.

- 28 Los ríos Ismeno y Dirce son los dos ríos de Tebas.
29 Es el otro <cf. antes alexlkakos> epíteto cultual de He-

racles.

¡-1 ERACLES

43

ANFITRIÓN. — Hijo, bien te cuadra el ser amigo de 585 tus amigos y odiar al enemigo. Pero no te precipites.

HERACLES. — ¿Y qué es más urgente o más premioso que esto, padre?

ANFITRIÓN. — El tirano tiene como aliados un sinnúmero de hombres pobres, aunque de palabra aparentan ser ricos, los cuales han sembrado la disensión 590 y perdido la ciudad por sus rapiñas de los bienes ajenos; los suyos propios los han dilapidado en el ocio.

Te han visto cuando entrabas en la ciudad; y puesto que te han visto, cuídate de no caer en sus manos inopinadamente si se reúnen tus enemigos.

HERACLES. — Nada me importa que me haya visto 595 la ciudad entera. Y es que al ver un ave en posición de mal agüero, me di cuenta de que una desgracia había caído sobre nuestra casa. Así que entré en el país a ocultas de propósito.

ANFITRIÓN. — Bien. Entra y dirige tu saludo al hogar y deja que la casa paterna contemple tu aspecto. 600 Pues el rey vendrá en persona para arrastrar a la muerte a tu esposa y a tus hijos y para degollarme a mí. Si te quedas aquí todo está a tu favor; te beneficiarás de una situación de seguridad. Pero no vayas

a levantar a la ciudad antes de dejar aquí todo bien 605
dispuesto, hijo.

HERACLES. — Obraré así, pues has hablado bien. Entraré en el palacio y ya que por fin he vuelto de los antros subterráneos de Hades y Core, donde no brilla el sol, no me negaré a saludar antes que nada a los dioses del hogar.

ANFITRIÓN. — ¿De verdad llegaste a la morada de 610 Hades, hijo?

HERACLES. — Si, y he traído a la luz la fiera de tres cabezas.

44

TRAGEDIAS

ANFITRIÓN. — ¿La venciste en combate, o fue un regalo de la diosa?

HERACLES. — Luchando, y tuve la suerte de contemplar los ritos de los iniciados.

ANFITRIÓN. — ¿Entonces de verdad está la fiera en el palacio de Euristeo?

615 HERACLES. — La guarda el bosque de la diosa iii-

fernal y la ciudad de Hermione.

ANFITRIÓN. — ¿No sabe Euristeo que has vuelto a subir a la tierra?

HERACLES. — No lo sabe. He venido primero aquí para informarme.

ANFITRIÓN. ¿Y cómo has estado tanto tiempo bajo tierra?

HERACLES. — Me he retrasado por traer a Teseo del Hades ~, padre.

620 ANFITRIÓN. — ¿Y dónde está él? ¿Ha marchado a su patria?

HERACLES. — Ha partido hacia Atenas, gozoso por haber huido del infierno. Pero vamos, hijos, acompañad a casa a vuestro padre. La entrada os va a ser 625 más agradable que la salida. Vamos, tened valor y no sigáis soltando ese río de vuestros ojos. Y tú, esposa mía, recobra el ánimo y deja de temblar. Suelta mis vestidos, que no tengo alas ni pienso huir de los míos. ¡Ay, ay!, éstos no me sueltan, si no que se aferran 630 todavía más a mis vestidos. ¿Tan sobre el filo de la navaja habéis estado? Los tendré que llevar de la mano a remolque, como una nave arrastra a unas bar-

quillas. Pero no voy a negarme a las caricias de mis hijos. Todo es igual entre los hombres. Tanto los más

30 Teseo había acompañado a Pirítoos, al Hades para apoderarse de Perséfone. Hay varias versiones: Eurípides escoge aquella según la cual Heracles sacó a Teseo del Hades, porque sirve a sus fines en este drama. Según otra quedó retenido en Hades (cf. VIRGILIO, Eneida VI 17, y quizá Odisea XI 631).

HERACLES

45

poderosos como quienes nada son aman a sus hijos. 635
Sólo se distinguen por el dinero —unos lo tienen y otros no-, pero toda la raza humana ama a sus hijos.
(Entran todos en palacio.)

Estrofa 1 •a

CoRo. — La juventud siempre me ha sido grata. La vejez, en cambio, cual carga más pesada que las rocas del Etna, sobre mi cabeza pende y mis párpados con 640 oscuro velo oculta. No, para mí de asiática tiranía la riqueza no quiero ni mi casa llena de oro a cambio de 645 la juventud. Hermosa es ella en la abundancia, hermosa en la miseria. La oscura y mortal vejez, por el contrario, odio. ¡Que las olas la arrastren y que jamás se acerque a las casas y ciudades de los hombres! ¡Que 635 vuele por el éter con eternas alas!

Antistrofa a

Si los dioses tuvieran entendimiento y ciencia a la medida humana, dos juventudes darían como marca patente de virtud a quienes la poseyeran; y una vez 660 muertos, volverían a la luz del sol como en doble carrera del estadio 31~ Los mal nacidos, en cambio, simple tendrían la vida y así se podría a los malvados distinguir 665 de los virtuosos, como los marineros pueden contar las estrellas entre las nubes. Mas ahora no hay 670 ninguna frontera exacta —puesta por los dioses— entre buenos y malos, sino que el tiempo en su ciclo hace brillar sólo la riqueza.

Estrofa 2.a

No dejaré de ayuntar las Gracias con las Musas —¡hermosa conjunción!—. ¡No viva yo sin armonía. 675

31 Este pensamiento es una variante de Suplicantes, versos 1080 y sigs., donde se expresa el deseo de tener dos vidas para con la segunda enmendar los errores de la primera.

TRAGEDIAS

mi vida siempre entre coronas! Aunque viejo, el poeta
 680 canta a Mnemósine. Todavía puedo cantar el himno
 de victoria de Heracles junto a Bromio 32 que me re-
 gala su vino, junto al canto de la lira de siete cuerdas
 685 y la flauta de Libia. Jamás haré callar a las Musas que
 me han enseñado la danza.

Antistrofa 2.a

Las doncellas de Delos el peán cantan ante las
 puertas del templo, en honor del noble hijo de Leto,
 690 y hacen girar su hermoso coro. También el peán, ante
 tu palacio, como un cisne yo, anciano cantor, de mi
 boca encanecida can taré. Pues hay buena materia
 695 para mis himnos: él es hijo de Zeus, mas en virtud
 supera su noble cuna: con el esfuerzo ha fundado para
 700 el hombre una vida sin tempestades, pues ha destruido
 las fieras que le asustaban. (Entran simultáneamente
 Lico por la derecha con su guardia x' Anfitríón que sale
 del palacio.)

Lico. — Oportunamente sales, Anfitríón, del pala-
 cio, pues ya es mucho el tiempo que lleváis adornando
 vuestro cuerpo con ropas y atavíos mortuorios. Vamos,
 705 ordena a los hijos y a la esposa de Heracles que salgan
 del palacio cumpliendo vuestra promesa voluntaria de
 morir.

ANFITRIÓN. — Señor, estás acosándome en mi infor-
 tunio y ejerciendo toda tu insolencia por la muerte de
 los míos, cuando debías actuar con moderación, por
 710 más que seas el que manda. Ya que nos impones morir
 a la fuerza, forzoso es contentarse. Hay que hacer lo
 que tú decidas.

Lico. — ¿Dónde está Mégara, dónde los nietos de
 Alcmena?

32 Es el epíteto cultual de Dioniso más empleado por
 Eurípides.

HERACLES

47

ANFITRIÓN. — Me parece que ella, a juzgar desde
 fuera...

LICO. — ¿Cómo que te parece? ¿Qué es lo que con-
 jeturas?

ANFITRIÓN. —.. se sienta como suplicante junto al 715
 santo altar de Hestia.

Lico. — En vano suplica por su vida.

ANFITRIÓN. — ... y que trata de evocar —en vano,

desde luego- a su difunto esposo.

Lico. — Pero él no está aquí ni ojalá venga nunca.

ANFITRIÓN. No, a menos que algún dios lo resucite.

Lico. — Marcha por ella y hazla salir del palacio. 720

ANFITRIÓN. — Sería cómplice del crimen si hago eso.

Lico. — Ya que tienes ese escrúpulo, nosotros mismos, que estamos por encima de esos miedos, haremos salir a los niños con su madre.

Vamos, siervos, seguidme, para que acabemos gustosos con la dilación de este trabajo. (Entra en el palacio con sus hombres.)

ANFITRIÓN. — Entonces ve tú, marcha a donde tengas que ir, que lo demás quizá sea obra de otro. Mas espera sufrir algún daño si algún daño has hecho.

Ancianos, para nuestro bien ya marcha y, cuando cree que va a matar a otros, el maldito asesino quedará prendido entre los lazos de la trampa que le tenderán las espadas.

Me voy para s'er cómo cae muerto; pues es agradable la muerte de un enemigo y el que pague por sus acciones. (Entra en el palacio.)

Estrofa 1.a

CoRo. — Cambia de lugar la desgracia, nuestro antiguo gran rey ha hecho volver su t'ida desde el Hades. ¡Ay! Justicia y Destino de los dioses tuercen su curso.

48

TRAGEDIAS

740 CORIFEo ~ — Ha llegado el momento en que pagarás con tu muerte, por haberte insolentado contra, quien es superior a ti.

CoRo. — La alegría me ha hecho saltar las lágrimas.

745 Ha vuelto —lo que nunca esperó mi corazón— el soberano de mi tierra.

CORIFEo. — Ancianos, vayamos a observar lo que sucede dentro del palacio, veamos si alguien recibe el trato que yo espero.

Lico.—¡Ay de mí!, ¡ay de mí!

Antistrofa 1 a

750 CoRo. — este es el preludio del canto que me agrada oír en el palacio. La muerte no está lejos. El rey gime y grita el preludio de su muerte.

Lico. — ¡Oh país de Cadmo, muero a traición!
755 Cotu~o. — También tú mataste así. Resignate a
pagar un precio condigno, paga la pena por lo que
hiciste.

CoRo. — ¿Quién es el que ha mancillado a los dioses
con su impiedad y —siendo mortal— ha lanzado con-
tra los felices habitantes del cielo la insensata acusa-
ción de que son impotentes?

760 CoRIFeo. — Ancianos, el impío ya no existe. El pa-
lacio calla; volvamos a nuestra danza. Ya son felices
los amigos a quienes yo amo.

Estrofa 2.a

CoRo. — Danzas, danzas y banquetes ocupan a los
765 habitantes de Tebas en la sagrada ciudad. Hay un cam-
bio de lágrimas, un cambio de fortuna ha engendrado
nuevos cantos. El nuevo soberano se ha ido, y el anti-
33 Es un canto alternado entre Corifeo y Coro, no entre
semicoros, como señala la edición de MURRAY.

HERACLES

49

guo domina luego de abandonar el puerto de Aque- 770
ronte. La esperanza llegó inesperada.

Antistrofa 2.8

Los dioses, sí, los dioses se ocupan de conocer a
justos e impíos. El oro y la fortuna sacan a los mor- 775
tales fuera de sí arrastrando el poder de la injusticia.
Nadie se atreve a prever los reveses del tiempo ~.
Cuando uno rechaza la ley y entrega sus favores a la
ilegalidad quiebra el oscuro carro de la prosperidad ~. 780

Estrofa 3a

¡Oh Ismeno, cúbrete de coronas! ¡Oh pulidas calles
de la ciudad de siete puertas, llenas de coros! ¡Oh
Dwce de hermosa corriente —y contigo las hijas de 785
Aso po—, abandonad las aguas paternas! Venid, Ninfas,
para cantar conmigo el combate victorioso de Heracles.
Oh rocas arboladas del dios Pitio, oh moradas de las ~o
Musas del Helicón, celebrad con vuestro alegre canto
a mi ciudad, a mis muros, donde surgió la raza de los
Hombres Sembrados, el batallón de bronceas lanzas 795
que transmite esta tierra a los hijos de sus hijos, sa-
grada luz de Tebas.

Antistrofa 3a

¡Oh doble lecho conyugal, generador común, lecho
de mortal y de Zeus —que se introdujo en la cama de 800
la novia nieta de Perseo 36~! ¡Cuán segura se ha reve-
lado para mí tu ya antigua parte de paternidad, oh
Zeus! El tiempo ha mostrado el brillo de la fuerza de sos

Es decir, los reveses de fortuna producidos por el tiempo.

~ Alegoría basada en una competición de carros: el carro
de la prosperidad justa es brillante como el oro; el de la in-

Justa es oscuro, sin brillo, y acaba estrellándose antes de llegar
S I& meta (cf. Electra 954 y sigs.).
~^c Alcmena, hija de Electrión y nieta de Perseo.

50

TRAGEDIAS

Heracles, el cual ha salido de las entrañas de la tierra
abandonando el infernal palacio de Plutón.

sio Como rey, has resultado superior al tirano inno-
ble³⁷ que, a la hora de la lucha a espada, ha puesto
ante nuestros ojos la evidencia de que la justicia es
todavía del agrado de los dioses ³⁸• (Aparecen Iris y Lisa
sobre el palacio.)

815 CoRIFEO. — ¡Oh! ¡Eh! ¿Es que vamos a caer, ancia-
nos, en un nuevo ataque de terror? ¿Qué aparición veo
sobre el palacio?

Pon en fuga, pon en fuga tu lento pie, sal de aquí,
820 ¡Rey Peán, aleja de mí la desgracia!

IRIS. — Ancianos, cobrad ánimos; ésta que véis aquí
es Lisa ~ hija de la Noche, y yo soy Iris, servidora
de los dioses. No venimos a producir daño alguno a la
825 ciudad. Nuestro ataque común se dirige contra la casa
de un solo hombre, del hijo —así dicen— de Zeus y
Alcmena. Pues antes de dar fin a sus duros trabajos,
le protegía el destino y su padre Zeus no nos permitía,
830 ni a mí ni a Hera, que le hiciéramos daño. Mas ahora
que ha terminado los trabajos que Euristeo le impuso,
Hera quiere contaminarlo con sangre de su familia por
la muerte de sus propios hijos. Y así lo quiero yo.

(A Lisa.) Conque, vamos, recobra la dureza de tu
corazón, hija soltera de la negra noche, mueve contra
835 este hombre la locura, confunde su mente para que
mate a sus hijos, empuja sus pies a una danza desen-
frenada, suelta al Asesinato de sus amarras.

Que con sus propias manos asesine a sus hijos y
840 los haga atravesar la corriente del Aqueronte; y que
compruebe cómo es el odio de Hera contra él y cómo

37 Lit. <la vileza de un tirano..

38 Wn.~uζowI1z considera corruptos estos versos por el hecho
de que el coro se dirige, inesperadamente, a Heracles. No es
razón suficiente para ponerles la crux.

39 Lisa es la personificación de la Demencia, del Furor.

HERACLES

51

mío. De lo contrario, los dioses no contarán para

ada y los hombres serán poderosos si éste no es
stigado.

LISA. — Soy hija de nobles padres, de la sangre de
ano y de Noche. Mi oficio es éste, mas no me agrada 845
isañarme ni me complace visitar a los hombres que
e son amigos. Así que quiero aconsejaros a Hera y a
por si atendéis a mis palabras, antes de veros co-
iumeter un error.

~ Este hombre, contra cuya casa me enviáis, no ca- 850
ru~ de nombre ni en la tierra ni entre los dioses. Ha
pacificado la tierra inaccesible y la mar salvaje; y él
les ha restablecido a los dioses los honores que
desaparecido por obra de hombres impíos ~.

aconsejo que no le deseéis grandes males.

IRIS. — No trates de corregir los designios de Hera 855
míos.

LISA. — Trato de poner tu huella en el camino mejor
vez del peor.

1 IRIs. — La esposa de Zeus no te ha enviado aquí
pura que seas sobria.

LISA. — Pongo a Helios por testigo de que hago lo
que no quiero hacer. Pero si es fuerza que os obe-
dezca a Hera y a ti, si necesitáis que os acompañen
~rtigo y ladridos como los perros al cazador, me pon- 860
ré en marcha. Ni el mar ruge tan enfurecido con sus
has, ni los seísmos en tierra ni el aguijón del rayo
esoplan tan dolientes como yo voy a lanzarme a la
irrerá contra el pecho de Heracles. Haré que el pa-
icio se resquebraje y lo dejaré desplomarse sobre
abs, matando primero a sus hijos. Su asesino no 865
que está matando a los hijos que engendró,
s de que se libre de mis ataques de furor.

- WnAMowrrz (cf. III, 185) ha postulado que falta aquí un
~ que él reconstruye así: <por lo que a la celosa esposa
Leus y a ti...

¡Eh, mira como ya comienza a agitar la cabeza y
gira en silencio sus pupilas brillantes y desencajadas!
sio No puede controlar la respiración, como un toro a
punto de embestir, y muge terriblemente invocando a
las Keres del Tártaro.

En seguida le haré agitarse más y acompañaré su
danza con las flautas del terror. Levanta tu noble pie

y marcha al Olimpo, Iris, que yo me introduciré sin ser vista en el palacio de Heracles.

875 CORO 41• — ¡Ay, ay, ay, gemid! Va a ser segada la flor de tu ciudad, el hijo de Zeus. ¡Desdichada Hélade, que a tu bienhechor vas a perder, lo vas a perder en danza enloquecida acompañada por la flautas de Lisa.

880 Ha subido a su carro la de muchos lamentos e impulsa su aguijón contra el tronco, como para lanzarlo a la perdición, la Gorgona hija de la Noche con sus silbidos de cien cabezas de serpiente, Lisa cuya vista petrifica.

885 ¡Qué pronto ha abatido dios a quien era feliz! ¡Qué pronto van a expirar los hijos a manos de su padre!

ARFITRIÓN. — (Desde dentro.) ¡Ay de mí, desdichado!

CoRo. — ¡Ay, Zeus, pronto tu hijo se quedará sin hijos! Las furiosas, comedoras de crudo, injustas ven-

890 ganzas lo harán sucumbir a golpes de desgracia.

ANFITRIÓN. — ¡Ay, morada mía!

CORO. — Se inicia una danza sin tambores que no agrada al tirso de Bromio...

ANFITRIÓN. — ¡Ay, palacio mío!

CORO. — ... danza que busca la sangre, no el zumo de la uva de báquica libación.

ANFITRIÓN. — ¡Hijos, lanzaos a la huida!

CoRo. — Horrible es este canto, horrible es el canto que acompañan las flautas. Prosigue la persecución y

41 Entendemos que es innecesaria la división en semjcoroS de este sistema de docmios.

HERACLES

53

caza de los hijos, Lisa va a lanzarse a una bacanal no sin consecuencias para la casa.

ANFITRIÓN. — ¡Ay de mis males! 900

CORO. — ¡Ay, ay! ¡Cómo compadezco al anciano padre y a la madre cuyos hijos nacieron para nada!

ANFITRIÓN 4~. — ¡Mira, mira, una tempestad sacude 905 el palacio, se derrumban los techos!

CORO ~ ¡Eh, eh! ¿Qué haces, hijo de Zeus, en el palacio? Una conmoción infernal, como otrora contra Encélado, envías, oh Palas, contra la casa. (Sale un Mensajero del palacio.)

MENSAJERO. — ¡Oh cuerpos encanecidos por la vejez! ~ío

CoRo. — ¿Qué grito es éste con que me llamas?

MENSAJERO. — Terrible es lo que sucede en el palacio.

CoRo. — No traeré otro adivino”.

MENSAJERO. — Han muerto los niños.

CoRo. — ¡Ay, ay!

MENSAJERO. — Lamentaos, porque es lamentable.

CoRo. — Terrible es su muerte, terribles las manos 915 de su padre. ¡Oh!

MENSAJERO. — Nadie podría contarle con palabras mayores que nuestro sufrimiento.

CoRo. — ¿Con qué palabras puedes contarnos la lamentable ceguera, la locura de un padre con sus

hijos? Dínos de qué manera, impulsado por los dioses,
se precipitó este horror sobre el palacio y cuenta el 920
desdichado destino de los innos.

MENSAJERO. — Ya estaban delante del altar de Zeus
las víctimas del sacrificio purificador del palacio, una
vez que Heracles hubo matado y arrojado de este re-
42 Seguimos a WIUM owxTz al atribuir a Anfitríon los ver-
SOs 904-905.

~ Muaxr pone inexplicablemente los vv. 906-908 en boca
de Heracles.

~ Sc. <distinto de mi'; i. e. <ya ¡o he adivinado yo mismo~'.

54

TRAGEDIAS

925 cinto al tirano del país. El hermoso coro de sus hijos,
así como su padre y Mégara, estaban a su lado. Ya
había rodeado el altar la canastilla y nosotros mante-
níamos un silencio religioso.

Mas cuando se disponía a llevar con su diestra el
tizón para sumergirlo en el agua lustral, el hijo de
~ao Alcmena se quedó sin habla. Como su padre tardara,
los niños le dirigieron sus miradas. Heracles ya no
era el mismo: alterado en el movimiento de sus ojos
y dejando ver en ellos las raíces enrojecidas, arrojaba
935 espuma sobre su barba bien poblada. Y dijo de re-
pente con risa enloquecida:

« ¡Padre, ¿para qué realizar el sacrificio de fuego
expiatorio antes de matar a Euristeo? ¿Para qué tener
doble trabajo, cuando puedo de un solo golpe arreglar
este asunto? Cuando traiga la cabeza de Euristeo
940 purificaré mis manos también por la muerte de éstos.
Derramad el agua, soltad la canastilla de vuestras
manos.

¿Quién me entregará el arco, quién el arma de mi
mano? Me marchó a Micenas. Necesito palancas y aza-
945 dones para levantar con el hierro encorvado los cimien-
tos que los Cíclopes ajustaron con la roja plomada y
con cinceles.»

Después de esto se puso en camino diciendo que
tenía (aunque no lo tenía) un carro; ascendió al carro
y golpeaba con la mano como si golpeará con un
aguijón.

950 A los sirvientes les entró risa y miedo a la vez —se
miraban unos a otros—, y uno dijo:

«¿El señor se burla de nosotros o está loco?»

Él correteaba por la casa arriba y abajo. Cuando
qss dio en medio del androceo, dijo que habla llegado a la
ciudad de Niso⁴⁵ y entrado en una casa; se recostó en

“ Mégara. Niso era hijo de Pandión y hermano de Egeo.

HERACLES

55

el suelo, tal como estaba, y hacía que se preparaba una
comida. Cuando, después de un corto descanso, se puso
en camino, decía que se estaba acercando a los valles
umbrosos del Istmo. Entonces se desnudó del manto,
se puso a boxear con nadie y se proclamó a sí mismo 960
vencedor de nadie, después de oxdenar silencio.

Ya estaba en Micenas, según sus palabras, y gritaba
terribles amenazas contra Euristeo. Entonces su padre
le tocó el robusto brazo y le dijo: «Hijo, ¿qué te pasa? 965
¿Qué viaje es éste? ¿Es que te ha desquiciado la muerte
de éstos a los que acabas de matar?»

Pero él, creyendo que es el padre de Euristeo quien
le toca el brazo suplicante y tembloroso, lo aparta de
sí y prepara el carcaj y el arco contra sus propios 970
hijos creyendo que va a matar a los de Euristeo.
estos, temblando de miedo, se lanzaron cada uno por
un lado: uno se refugió tembloroso en el manto de su
desdichada madre, otro en la sombra de una columna,
otro en el altar, como un pájaro. Su madre le gritaba: 975
<Oh tú, que los engendraste, ¿qué haces? ¿Vas a matar
a tus hijos?» Y gritaba el anciano y el grupo de ser-
vidores.

Entonces Heracles persigue a su hijo en torno a la
columna con terrible giro de sus pies y, poniéndose
enfrente, le dispara contra el hígado. Y al expirar éste 980
empapó boca arriba los zócalos de piedra. Él lanzó
un grito de victoria y decía con jactancia: «Este po-
lluelo de Euristeo que acaba de morir ha caldo a mis
manos en pago del odio que su padre me tiene.» Y ya
disponía rápidamente su arco contra otro, el que se 985
había refugiado tembloroso —creyendo esconderse—
en la base del altar. El desdichado se arrojó apresura-
damente a los pies de su padre, levantando sus manos
hacia la barba y cuello de éste: «Querido padre —le
dice—, no me mates. Soy tuyo, soy tu hijo; no estás 990
ffiatando a uno de Euristeo.» Pero él revolvía sus ojos

TRAGEDIAS

feroces de Gorgona y —como el niño estaba demasiado cerca de su arco mortífero- imitando en su rostro el gesto de un herrero, dejó caer la clava sobre la rubia cabeza del niño y quebró sus huesos.

995 Ahora que había matado a su segundo hijo, se disponía a lanzarse contra su tercera víctima con intención de degollarlo sobre los otros dos. Mas se le adelantó la desdichada madre, que lo introdujo en el palacio y cerró las puertas. Pero él, como si de los mismos muros ciclópeos se tratara, pica, apalanca los
1000 los cerrojos, arranca las puertas y derriba con una sola flecha a madre e hijo.

Después se lanzaba como a caballo para matar al anciano, cuando se acercó una imagen, la de Pallas —según se mostró a nuestros ojos— blandiendo su lanza”. Y arrojó contra el pecho de Heracles una

1005 piedra que contuvo sus ansias de matar y lo echó en brazos del sueño. Cayó al suelo, con la espalda extendida contra una columna que, partida en dos por el derrumbamiento del techo, yacía sobre su base.

1010 Y nosotros, librando nuestro pie de su persecución, lo sujetamos con correas a una columna con la ayuda del anciano, para que al despertar del sueño no añadiera ninguna acción más a las ya realizadas. Ahora duerme el desdichado un sueño nada feliz, pues ha

1015 ha matado a sus hijos y a su esposa. En verdad, yo no conozco a ningún mortal que sea más infortunado. (Entra en el palacio.)

CoRo. — El crimen que la roca de Argos tiene en su memoria fue un tiempo el más célebre e increíble para Grecia, el de las hijas de Dánao ‘~: mas este so-

Hay tres palabras en el verso (epí lóphói kéar) intraducibleS por corrupción. GRÉGoIRC (Euríp;de III, 1959, pág. 59) sospecha la-

guna.
~ Las 50 hijas de Dánao, forzadas a casarse con sus primos, los hijos de Egipto, los mataron la misma noche de bodas, salvo una.

HERACLES

57

brepasa, adelanta con mucho aquel horror. La muerte 1020
j.i desdichado y divino hijo de Procne —madre una
gola vez— llamar puedo sacrificio a las Musas”. Pero
ta, cruel, que engendraste tres hijos, los has eliminado
con muerte enloquecida. ¡Oh, oh! ¿Qué lamentos o 10~~
gemido o funerario canto o coral de Hades repetirá mi
co?

¡Huy, huy! Mirad, en dos se abren las puertas de 1030
la elevada mansión. (Se abren las puertas y el enci-
cierna presenta a Heracles, atado y dormido, rodeado
de cuatro cadáveres.)

¡Ay de mí! Ved ahí unos hijos desdichados tendidos
ante su desdichado padre, que duerme terrible sueño
por la muerte de sus hijos. Ved alrededor del cuerpo 1035
de Heracles los numerosos nudos de la cuerda que
está sujeta a las columnas pétreas de palacio. (Sale

Anfitrión.)

CORIFEO. — Mas aquí está el anciano, como ave que lamenta el dolor de sus hijos sin alas, con lento pie 1040 marcando amarga marcha.

ANFITRIÓN. — Ancianos cadmeos, ¡silencio, silencio! ¿No dejaréis que, entregado al sueño, olvide por com-
Seto su desdicha?

CoRo. — Con todas mis lágrimas te lloro, anciano, 1045 y a estos hijos y a esta victoriosa cabeza.

ANFITRIÓN. — Ale jáos por ambos lados, no hagáis ruido, no gritéis, no despertéis a quien profundo sueño 1050 duerme.

CoRo. — ¡Ay de mí! ¡Qué cantidad de sangre... me haréis morir!

ANFITRIÓN. — ¡Ay, ay!

Procne, hija del rey de Atenas, Pandión, mató a su hijo Itiz para vengarse de su marido Tereo, rey de Tracia. <Su Uluerte puede llamarse sacrificio a las Musas<, porque Procne fue conves-fida en rui señor y canta incesantemente a su hijo (cf. Troyanas 1244 y Sig5.).

58

TRAGEDIAS

CoRo. — ¡... se extiende ante mis ojos!

ANFITRIÓN. — ¿No cantaréis los ayes de este treno íoss en silencio, ancianos? Cuidado, no despierte y afloje las ligaduras, no acabe con la ciudad entera y con su padre, y destruya el palacio.

CORO. — No puedo, es superior a mis fuerzas.

ANFITRIÓN. — ¡Silencio!, que oiga su respiración; íoáo ¡silencio!, que aplique el oído.

CoRo. — ¿Duerme?

ANFITRIÓN. — Sí, duerme un sueño, un sueño de muerte quien mató a su esposa, quien mató a sus hijos disparando con vibrante arco.

1065 CoRo. — Lamenta ahora...

ANFITRIÓN. — Sí, lamento.

CoRo. — ... la muerte de los niños.

ANFITRIÓN. — ¡Ay de mí!

CORO. — ... y de tu propia hija.

ANFITRIÓN. — ¡Ay, ay!

CoRo. — ¡Oh anciano!...

ANFITRIÓN. — Calla, calla, se despierta, se da la
1070 vuelta. Voy a esconderme en el palacio.

CORO. — ¡Ánimo!, la noche cubre los párpados de tu hijo.

ANFITRIÓN. — Ved, ved. La luz abandonar ante estos males no rehuyo, más si me mata a mí, su padre,
1075 a estos males añadirá otros males y ante las Erinias tendrá que responder del parricidio.

CORO. — Entonces tenias que haber muerto, cuando ibas a vengar la muerte de los hermanos de tu esposa íoeo devastando la ciudad ribereña de los Tafios.

ANFITRIÓN. — ¡Huid, huid, ancianos! Lejos del palacio dirigid los pasos, huid de un hombre enloquecido que se está despertando. Bien pronto va a arrojar un loes crimen sobre otro y atravesar en frenética danza la ciudad de los cadmeos.

HERACLES

59

CORIFEO. — Zeus, ¿por qué te has ensañado con Igoto odio contra tu propio hijo? ¿Por qué lo has arrastrado a este piélago de males?

HERACLES. — (Despertando.) ¡Vaya! Ya recobro el liento y puedo contemplar lo que debía: el aire, la ío~o gierra y este arco de Helios. He caído como en un torbellino, como en una terrible confusión de la mente, y la respiración de mis pulmones se eleva febril, irregular. Mas... ¿por qué como nave anclada tengo sujetos a estas correas mi joven pecho ‘, mi brazo?... 1095 ¿Por qué estoy tendido junto a esta piedra labrada partida por la mitad y ocupo un sitio cercano a unos cadáveres? Esparcidos por el suelo están mi veloz lanza y mi arco que, como fiel escudero, antes protegía mi ííoo costado y era protegido por mí.

¿No habré vuelto de nuevo al Hades, habiendo recorrido el doble estadio d eEuristeo? ~. Mas no, pues ni veo la roca de Sísifo, ni a Plutón ni al cetro de la bija de Deméter. En verdad, estoy asombrado. ¿Dónde itos utoy que me hallo tan impotente? ¡Eh, eh! ¿Quién de mis amigos está cerca —o lejos— para curarme de fitta mi incapacidad de reconocer las cosas? Pues no reconozco con claridad ninguna cosa familiar.

ANFITRIÓN. — Ancianos, ¿me acercaré a mi propia perdición?

CORIFEO. — Sí, y yo contigo; no quiero abandonarte tito en el infortunio.

Verso corrupto. Seguimos la conjetura de GRÉaoíits sin ex~~esiva convicción. La atractiva restauración de WxLÁuowrrz le acepta Antoláis de Plmtsson y cambia molÓN por dran2ón) . paleográficamente, imposible de probar; aunque es posible je la repetición errónea de eís Haídou haya entrañado la frdida irremediable de una palabra. El sentido, en todo caso,

<¿no habré realizado un camino de ida y vuelta a Hades ~U10 Si se tratara de una carrera en el estadio?» (díaulos).

HERACLES. — (Reconoce a Anfitrión.) Padre, ¿por qué lloras y cubres tus ojos al acercarte a tu hijo más querido?

ANFITRIÓN. — ¡Oh hijo! Pues hijo mío eres, aun en la desgracia.

HERACLES. — ¿Es que me sucede algo lamentable y por esto lloras?

1115 ANFITRIÓN. — Algo que hasta un dios que lo sufriera lloraría.

HERACLES. — Hinchado es tu lenguaje, mas de mi suerte aun no has dicho nada.

ANFITRIÓN. — Tú mismo lo estás viendo, si es que ya estás en tu sano juicio.

HERACLES. — Dímelo, si significa algo nuevo en mi vida.

ANFITRIÓN. — Si ya no eres un bacante de Hades te lo diré.

1120 HERACLES. — ¡Ay! Sospechoso resulta esto que has dicho hablando de nuevo con enigmas.

ANFITRIÓN. — Estoy comprobando si tu juicio es firme de verdad.

HERACLES. — No recuerdo haber tenido la mente enloquecida.

ANFITRIÓN. — (Dirigiéndose al Coro.) Ancianos, ¿desato las ligaduras de mi hijo o qué hago?

HERACLES. — Sí, y dime quién me las ató, pues me producen vergüenza.

1125 ANFITRIÓN. — (Desatándolo.) Tamaños son los males que conoces; deja el resto.

HERACLES. — ¿Es que basta el silencio para saber lo que quiero?

ANFITRIÓN. — Zeus, tú que estás sentado en tu trono junto a Hera, ¿ves esto?

HERACLES. — ¿Pero es que he sufrido algún ataque desde allí?

ANFITRIÓN. — Deja a la diosa y atiende a tus males.

HERACLES 61

HERACLES. — Estoy perdido; va a comunicarme al- 1130 guna desgracia.

ANFITRIÓN. — Mira, contempla a tus hijos caldos.

HERACLES. — (Se levanta.) ¡Ay mísero de mí! ¿Qué visión es ésta que contemplo?

ANFITRIÓN. — Hijo, has declarado a tus hijos una guerra sin nombre.

HERACLES. — ¿A qué guerra te refieres? ¿Quién ha matado a éstos?

ANFITRIÓN. — Tú y tu arco y quien de los dioses í 135 sea culpable.

HERACLES. — ¿Qué dices? ¿Qué he hecho? ¡Oh padre, heraldo de desgracias!

ANFITRIÓN. — Estabas loco. Me pides una aclaración que duele.

HERACLES. — ¿Entonces soy yo también el asesino de mi esposa?

ANFITRIÓN. — Todo esto es obra de tu solo brazo.

HERACLES. — ¡Ay, ay, me envuelve una nube de la- 1140 mentos!

ANFITRIÓN. — Por eso lamento tu suerte.

HERACLES. — ¿Acaso destruyó también el palacio la diosa que me enloqueció?

ANFITRIÓN. — Sólo sé una cosa: todo lo tuyo se torna en infortunio.

HERACLES. — ¿Y dónde me alcanzó el aguijón? ¿Dónde acabó conmigo?

ANFITRIÓN. — Cuando purificabas con fuego tus ma- 1145 nos junto al altar.

HERACLES. — ¡Ay de mí! ¿Qué me importa la vida Cuando soy el asesino de mis queridos hijos? ¿No iré a saltar desde una roca escarpada o a arrojar la es- Pada Contra mi vientre para vengar en mí la muerte uso de mis hijos? ¿O quemaré mis carnes con el fuego ~

~ Hay corrupciÓn en la palabra central de este verso

para apartar de mi vida el deshonor que me aguarda?
(Ve acercarse a Teseo por la izquierda con un grupo de seguidores.) Mas he aquí que se acerca Teseo, pariente y amigo mío, estorbando mis proyectos de muer- 1155 te. ¡Me verá y la mancha del parricidio saltará a los ojos del más querido de mis huéspedes! ¡Ay de mí! ¿Qué haré? ¿Dónde podré hallar un lugar solitario para mis males? ¿Iré hacia el cielo o debajo de la tierra? Vamos, voy a envolver mi cabeza en la oscuridad 51, 1160 pues siento vergüenza de los males que he perpetrado. Y ya que he traído hacia mí la sangre culpable de esto. niños, no quiero perjudicar a quienes son inocentes.

(Se sienta entre los cadáveres acurrucándose y cubierto por el manto.)

TESEO. — Anciano, he venido con estos jóvenes atenienses, que montan vigilancia junto a la corriente del
1165 Asopo 52, para traer a tu hijo armas aliadas. Ha llegado a la ciudad de los Erecteidas el rumor de que Lico se ha apoderado violentamente del cetro del país y os ha declarado la guerra. Me he presentado aquí, anciano,
1170 devolviendo el favor que antes me hizo Heracles salvándome de los infiernos, por si necesitáis de mi mano aliada. Mas ¿por qué el suelo está cubierto de cadáveres? ¿No me habré retrasado y llegado tarde a estos
1175 males recientes? ¿Quién ha matado a estos niños? ¿De quién es esposa ésta que aquí veo? Los niños, desde luego, no suelen afrontar el combate, conque sin duda me encuentro en presencia de una desgracia fuera de lo común.

(emEn de los Mss. atenta contra la métrica), pero ésta no altera sensiblemente el sentido.

51 Verso corrupto. Los diversos autores que han intentado enmendarla introducen de una forma u otra la palabra <manto>. l. e. .acui.taré mi cabeza en la oscuridad del manto>, etc.

52 El río Asopo trazaba la frontera entre Beocia y el Ática en la época de la epopeya (cf. Iliada IX 287).

HERACLES

63

ANFITRIÓN. — ¡Oh soberano de la colina plantada de olivos!...

TESEO. — ¿Qué tratas de decirme dirigiéndote a mi con tan triste proemio?

ANFITRIÓN. — Hemos padecido sufrimientos crueles uso de parte de los dioses.

TESEO. — ¿Quiénes son estos niños sobre los que viertes un torrente de lágrimas?

ANFITRIÓN. — Los engendró mi desdichado cachorro; los engendró y los mató, cargando con la sangre del crimen.

TESEO. — No pronuncies blasfemias.

ANFITRIÓN. — Se lo ordenas a quien desea no blas- 1185 femar.

TESEO. — ¡Qué palabras terribles las tuyas!

ANFITRIÓN. — Hemos desaparecido, desaparecido con alas.

TESEO. — ¿Qué dices? ¿Qué hizo?

ANFITRIÓN. — Extraviado por un ataque de locura y 1190 con las flechas teñidas en la hidra de cien cabezas.

TESEO. — Esto es obra de Hera. (Descubre a Heracles.) Y ¿quién es éste que está entre los cadáveres, anciano?

ANFITRIÓN. — Ése es mi hijo, mi hijo, el de muchos trabajos, el que con los dioses marchó a la guerra contra los Gigantes armado de escudo, a la llanura de Fíe gra.

TESEO. — ¡Qué horror! ¿Qué hombre nació tan des- 1195 dichado?

ANFITRIÓN. — Conocer no podrías a otro mortal más trabajado, más asendereado.

TESEO. — ¿Y por qué oculta su triste rostro con el peplo?

ANFITRIÓN. — Se avergi.¿enza de tu presencia, de tu 1200 amistad de hermano y de la sangre derramada por sus hijos.

64

TRAGEDIAS

TESEO. — Mas yo he venido para acompañarlo en su dolor. ¡Descúbrelo!

ANFITRIÓN. — Hijo, deja caer de tus ojos el peplo, 1205 tiralo lejos, muestra tu rostro al sol. Un peso contrario se opone a las lágrimas. Te lo suplico, ante tu barba

1210 y tu rodilla y tu mano postrado, dejando caer un llanto de anciano. Vamos, hijo, contén tus impulsos de león salvaje, porque tratan de arrastrarte al impío fragor del crimen y tejer un mal con otro mal, hijo mío.

TESEO. — Vamos, a ti digo, al que ocupa un lugar 1215 desdichado: descubre el rostro a tus amigos. Ninguna nube tiene oscuridad tan negra como para ocultar tus desgracias.

¿Por qué agitas la mano mostrándome la sangre?
¿Acaso para que no me alcance la impureza de tu Sa- 1220 ludo? No me importa compartir contigo el infortunio, pues en otra ocasión compartí el éxito: debo dirigir mi pensamiento a la ocasión en que me sacaste a la luz arrancándome del mundo de los muertos.

Me repugna que los amigos dejen envejecer el agra- 1225 decimiento; me repugna quien quiere gozar de lo bueno, mas no navegar en la misma nave del amigo que sufre infortunio. Levántate, descubre tu rostro lastimoso, mira hacia nosotros. El mortal bien nacido soporta los golpes de los dioses y no los rehúye.

HERACLES. — (Incorporándose.) Teseo, ¿has visto el combate contra mis hijos?

1230 TESEO. — No, me lo han contado, mas tú ahora muestras este horror a mis ojos.

HERACLES. — ¿Por qué, pues, has descubierto Ifli cabeza a los rayos del sol?

TESEO. — ¿Por qué? Porque siendo mortal no man- cillas nada de los dioses.

HERACLES. — Desgraciado, huye de mi impía man- cha.

HERACLES

65

TESEO. — No hay amigo que invoque a un dios vendor contra sus amigos.

HERACLES. — Alabo tu actitud y no me arrepiento 1235 haberte hecho un favor.

TESEO. — Y yo que entonces lo recibí, ahora te comdezcó.

HERACLES. — Digno soy de compasión por haber mado a mis hijos.

TESEO. — Lloro de agradecimiento por otra ocasión sventurada.

HERACLES. — ¿Has encontrado a alguien en desgracia mayor?

TESEO. — Llegas hasta el cielo con tu desventura. 1240

HERACLES. — Entonces estoy en disposición incluso devolver el golpe.

TESEO. — ¿Y crees que los dioses se preocupan de amenazas?

HERACLES. — Arrogantes son los dioses, y yo lo seré n ellos.

TESEO. — Contén tu boca, no sea que por decir pas excesivas sufras excesivo daño.

HERACLES. — Ya estoy saturado de males y no tengo 1245 añadir otro.

TESEO. — ¿Y qué vas a hacer? ¿Adónde te llevará cólera?

HERACLES. — A la muerte; vuelvo debajo de la tierra de donde acabo de llegar.

TESEO. — Has dicho lo que diría un hombre vulgar.

HERACLES. — Y tú tratas de reprenderme porque laas lejos de la desgracia.

TESEO. — ¿Es Heracles, el que tanto ha soportado, 1250 Lien pronuncia estas palabras?

HERACLES. — En verdad nada he sufrido tan grande. Eflo esto; incluso el aguante tiene su medida.

TESEO. — ¿El bienhechor de los hombres, su gran ligo?

66

TRAGEDIAS

HERACLES. — Sí, mas éstos en nada pueden ayudarme. Es Hera quien domina.

TESEO. — La Hélade no soportaría que murieras

con muerte insensata.

1255 HERACLES. — Escúcharne ahora, que voy a oponer
mis razones a los reproches. Te voy a demostrar que
mi vida ya no es vida —ni tampoco antes lo fue—.
En primer lugar soy hijo de un hombre que desposó
1260 a mi madre Alcmena, después de matar al anciano
padre de su madre. Y cuando los cimientos de una
familia no están bien puestos, es fuerza que los des-
cendientes sean desventurados.

Zeus —quien quiera que Zeus sea— me engendró
haciéndome odioso a Hera (mas tú no te ofendas,
1265 anciano, que te considero a ti mi padre, no a Zeus).
Cuando todavía mamaba, la compañera de cama de
Zeus introdujo en mi cuna serpientes de ojos reful-
gentes para que muriera. Y cuando mi carne se cu-
1270 brió de músculos vigorosos, ¿a qué enumerar los tra-
bajos que soporté; el número de leones, tifones de
tres cuerpos, gigantes o ejércitos de cuadrúpedos cen-
1275 tauros a quienes no declaré la guerra? Después de
dar muerte a la perra Hidra, llena de cabezas que
siempre rebrotan, recorrí una multitud de trabajos e
incluso llegué al infierno para traerme —por orden
de Euristeo- el perro de tres cabezas, portero del
Hades. Mas ésta es la última prueba que he soportado,
1280 la muerte de mis hijos, para poner el tejado de los
males de mi casa.

Me veo constreñido hasta el punto de no serme
permitido habitar en mi querida Tebas. Si me quedo,
¿a qué templo, a qué reunión de amigos podré ir?
Pues tengo una maldición que impide que nadie me
1285 acoja. ¿Entonces, marcharé a Argos? ¿Y cómo, después
de abandonar exiliado mi patria?

HERACLES

67

Entonces, ¿me dirigiré a alguna otra ciudad? ¿Y
¿me dirijan miradas despectivas cuando me reco-
>zcan y vivir encerrado por miedo a los amargos agui-
nes de la lengua? «¿No es éste —dirán— el hijo de
el que mató a sus hijos y esposa? ¿No irá a mo- 1290
~Irse lejos de este país?»

Para un hombre que ha sido considerado como
feliz, el cambio es doloroso; mas aquél a quien siem-
acompaña la desgracia, no sufre, pues es infortu-
nado desde que nació. Creo que algún día llegaré en
mí desgracia al punto de que la tierra cobre voz para 1295
feipedirme que la toque, y el mar y la fuentes de los
wdos para que no los atraviere. Seré la viva imagen de
¿zión encadenado al carro. Y es mejor que no vea esto
lnguno de los griegos entre quienes fui feliz y afor- 1300
lunado u

¿A qué vivir entonces? ¿Qué me aprovechará tener
una vida inútil e impura? ¡Que dance la ilustre esposa
de Zeus haciendo retumbar con sus zapatones ~ el pa-
bcio del Olimpo! Ya ha conseguido cumplir lo que se í~os
propuso, destruir desde sus cimientos al primer hom-
bre de Grecia.

¿Quién podría dirigir sus súplicas a una diosa de
lal calaña, una diosa que, encelada con Zeus por la
Urna de una mujer, destruye a los benefactores de 1310
IP Hélade sin que tengan culpa alguna?

TESEO. — Esta prueba no procede de otro dios que
IP esposa de Zeus. De esto te has percatado bien...

~ Wíu~,towrrz rechaza como interpolados los vv. ¡291.1293
1299 y 1300; P~xM~wríra, todo el pasaje.

~ Otro verso corrupto. En todo caso, el sentido irónico es
~IO Si lo ponemos en relación con Hesíodo <Teogonía>, donde
tra danza en el Olimpo con c~zapatjtos» (pedílois) de orO.
‘b~ldf, palabra sana, es “bota rústica de cazador».

~ Se ha sospechado laguna tras el y. 1312 desde VICTORIUS,
• que, como dice WxuMownz (III, 267). el verso siguiente
arece de sentido y construcción”. Este autor cree que falta

68

TRAGEDIAS

Te aconsejaría esto antes que sufrir algún mal. Nadie
está libre de los golpes de la fortuna, ni los hombres,
1315 ni tampoco los dioses, si no mienten los cantos de los
poetas. ¿Es que no han trabado entre sí uniones que
no se ajustan a ninguna ley? ¿No han encadenado a
sus padres por ambicionar el poder? Sin embargo, si-
guen ocupando el Olimpo y se les perdonaron sus
1320 yerros. Así, pues, ¿qué decir si tú, que eres mortal,
consideras insoportables los golpes de fortuna y los
dioses no?

Abandona Tebas como manda la ley y acompáñame
a la ciudad de Palas. Allí purificarás tus manos de esta
1325 polución y te donaré un palacio y parte de mis bienes.
Te entregaré los dones que he recibido de los ciuda-
danos por haber salvado a los catorce jóvenes matando
al toro de Cnoso.

En mi país tengo fincas acotadas por todas partes.

1330 estas recibirán tu nombre mientras vivas; y, una vez
muerto, cuando vayas al Hades, toda la ciudad de Ate-
nas celebrará tus honras con sacrificios y tumbas de
piedra. Para mis ciudadanos será una hermosa corona
1335 el tener entre los griegos la buena fama de haber
ayudado a un hombre excelente. este es el favor que
te ofrezco a cambio de mi salvación; pues ahora estás
necesitado de amigos. Cuando los dioses nos honran

no hay necesidad de amigos, pues es suficiente la ayuda de un dios cuando quiere.

1340 HERACLES. — ¡Ay de mí! Esto nada tiene que ver con mis males presentes, pero yo no creo que los dioses deseen uniones que no están permitidas, y nunca he creído ni nadie me convencerá jamás de que han encadenado sus manos ni que uno es soberano de otro.

1345 Pues un dios, si de verdad existe un dios, no tiene ne-
‘cein ganzer Abschnitt”. CAMPER trató de resolverlo atribuyendo
1311 y 1312 al Corifeo.

HERACLES

69

cesidad de nada. Esto son lamentables historias de los
aedos.

Mas he estado considerando —en medio de la des-
gracia como me hallo- si no se me podría acusar de
cobardia por abandonar la vida. Pues quien no soporta
la desgracia no podría aguantar a pie firme la lanza 1350
de un hombre. Me forzaré a vivir y marcharé a tu ciu-
dad con un millón de gracias por tus dones.

En verdad son miles los trabajos que he probado
y ninguno he rehuido ni he dejado caer el llanto de
mis ojos ni jamás habría pensado llegar a esto. Sin 1355
embargo, ahora he de someterme a la fortuna, como
parece. (Se dirige a Anfitríon.) Vamos, anciano, ya ves
que salgo exiliado, ya ves que he sido el asesino de
mis propios hijos; encomienda sus cuerpos a la tumba, 1360
dispónles honras fúnebres y hónrales con las lágrimas
e—ya que a mí no me lo permite la ley—. Apóyalos
contra el pecho, ponlos sobre el regazo de su madre
en mísera unión como la que yo destruí involuntaria-
mente.

Cuando hayas ocultado en la tierra los cadáveres,
Sigue habitando en esta ciudad y, aunque apenado, 1365
fuérzate a vivir para compartir conmigo la desgracia.

Oh hijos, el que os dio vida, el padre que os en-
está acabado; de nada os han servido las her-
losas hazañas que yo preparaba con mi esfuerzo para 1370

buen nombre, la más hermosa herencia de un
padre. Y a ti, desdichada, la muerte que te he dado
mo ha correspondido a la seguridad con que tú con-
Servabas mi matrimonio, cuando soportabas largas es-
tancias en casa. ¡Ay, esposa e hijos míos, ay de mí!

¡Cuánto sufrimiento! ¡Separado me veo de mis hijos 1375
esposa! ¡Qué triste es el goce de sus besos, qué triste
15 la compañía de estas armas! No sé si conservarlas

~ abandonarlas. Cada vez que golpeen mi costado me
tirán: «Con nosotras mataste a tus hijos y esposa; 1380

TRAGEDIAS

nosotras somos las asesinas de tus hijos.» ¿Las llevaré, pues, en mis brazos? ¿Y cómo lo justificaré? Mas de lo contrario, ¿moriré deshonrado, poniéndome a merced de mis enemigos, si me separo de estas armas con 1385 las que tantas hazañas realicé en la Hélade? No las abandonaré; he de conservarlas aunque me duela.

Teseo, una cosa más te pido: acompáñame a Argos para hacer que me entreguen la recompensa por el maldito perro, no vaya a pasarme algo ~, si voy solo. por causa del dolor de mis hijos. Oh tierra de Cadmo~~ 1390 pueblo todo de Tebas, mesaos los cabellos, acompañadnos en el dolor, marchad a la tumba de mis hijos: en una palabra, celebrad todos el duelo por los muertos y por mí. Pues todos hemos perecido golpeados por la suerte cruel enviada por Hera.

TESEO. — Levanta, infortunado. Ya está bien de lágrimas.

1395 HERACLES. — No podría. Mis miembros están petrificados.

TESEO. — También a los fuertes destruyen los golpes de la fortuna.

HERACLES. — ¡Ay! Ojalá pudiera convertirme en piedra y olvidar mis males.

TESEO. — Basta, da tu mano al amigo que te ayuda.

HERACLES. — Mas, ¡cuidado!, no te salpique la sangre en tus vestidos.

1400 TESEO. — Deja que se manchen, no te preocupes. No me niego a ello.

HERACLES. — Privado de mis hijos, por hijo mío te tengo.

TESEO. — Pon tu brazo en mí cuello, yo te conduciré.

56 La recompensa es la libertad para volver a Argos. Lo que teme que le pase es que caiga en la tentación de matar a Euristeo.

HERACLES

71

HERACLES. — Una yunta de amigos, en verdad; mas el uno es desgraciado. Anciano, un hombre así hay que tener por amigo.

ANFITRIÓN. — La tierra que te engendró es pandora í4os de nobles hijos.

HERACLES. — Teseo, vuélveme otra vez para que vea a mis hijos.

TESEO. — ¿Para qué? ¿Crees que con ese hechizo te mentirás mejor?

HERACLES. — Los añoro. Mas, al menos, deseo abrazar a mi padre.

ANFITRIÓN. — Aquí está mi pecho, hijo mío; te has adelantado a mis deseos.

TESEO. — ¿Hasta tal punto has olvidado ya tus tra- 1410
bajos?

HERACLES. — Todo aquello que soporté es inferior
a esta desgracia.

TESEO. — Si alguien te viera conducirte con mu-
jer, te lo reprocharía.

HERACLES. — ¿A tus ojos vivo abatido? Me parece
que aún añadiré mayor abatimiento.

TESEO. — Ya basta. ¿Dónde está aquel célebre He-
racles?

HERACLES. — ¿Y tú, qué eras bajo tierra cuando es- 1415
tabas en la desgracia?

TESEO. — En lo que toca al valor, era el último de
los hombres.

HERACLES. — Entonces, ¿por qué dices que estoy
abatido por el dolor?

TESEO. — Avanza.

HERACLES. — ¡Adiós, anciano!

ANFITRIÓN. — ¡Adiós a ti, hijo mío!

HERACLES. — Entierra a mis hijos como te he dicho.

ANFITRIÓN. — Y a mí, ¿quién me enterrará?

HERACLES. — Yo.

ANFITRIÓN. — ¿Cuándo vendrás?

72 TRAGEDIAS

1420 HERACLES. — Cuando hayas enterrado a mis hijos.

ANFITRIÓN. — ¿Sí?

HERACLES. — Te haré venir de Tebas a Atenas. Mas
lleva a la tierra el triste cortejo de mis hijos. Nosotros,
que hemos hundido la casa en la vergüenza, somos
1425 arrastrados por Teseo como barquillas rotas. Quien
prefiere riquezas o poder a un buen amigo, es lii-
sensato. (Entra Anfitríón en el palacio al tiempo que
el enciclema se lleva los cadáveres. Heracles y Teseo
salen por la izquierda.)

CoRo. — Nosotros marchamos entre lamentos y lá-
grimas, porque hemos perdido al más grande de nues-
tros amigos.